

La calle para el miércoles 21 de enero de 2009
Diario de un espectador
A la orilla del cielo
por miguel ángel granados chapa

Alí es un trabajador turco emigrado a Alemania. Viudo, comparte la casa con su hijo, a quien formó con éxito, pues Nejat enseña alemán a estudiantes alemanes y tiene una sólida posición como profesor universitario. La distinta condición de cada uno hace que Alí experimente una gran soledad, que alivia con visitas periódicas a un burdel donde escoge siempre a la misma mujer, emigrada turca como él. Tan habitual se hace su presencia que termina proponiendo a Yeter, que tal es el nombre de la prostituta, alquilarla de tiempo completo, es decir le propone que viva con él a cambio de una remuneración equivalente a la que ella obtiene con su clientela. Ella duda, pero hostigada por fundamentalistas que la recriminan porque disimula su origen, termina aceptando. Va a vivir con Alí, cuyo hijo se muestra reticente cuando conoce los términos de la relación. Pero al saber que Yeter tiene una hija en Turquía, a la que ha perdido la pista recientemente, pero a la cual le enviaba el fruto de su trabajo, se interesa por ella y se inicia entre ambos una amistad que concluye abruptamente con la muerte de la mujer. Alí es un individuo vulgar, un machista, que en alguno de sus varios episodios de celos sacude a Yeter hasta hacerla caer al suelo con tan mala fortuna que se golpea la cabeza y muere.

Alí va preso y Nejat queda solo, por lo que decide viajar a Estambul en busca de Ayten, la hija de Yeter. Localiza a sus propios parientes —un primo carpintero— y a los de su fugaz madrastra, pero no a Ayten, pues ni su misma familia sabe de ella. Los espectadores, en cambio, nos enteraremos luego de que la chica es una activista política, miembro de un grupo radical al que busca la policía del régimen. Después de un incidente en que Ayten se apodera de la pistola de un agente, arma que esconde en la azotea del cuarto donde vive en la clandestinidad, es sacada por sus camaradas de Estambul y llevada a Hamburgo. La cámara de la cinta A la orilla del cielo muestra el cruce de vuelos: mientras el féretro con los restos de Yeter es llevado de Alemania a Turquía, su hija viaja en sentido contrario.

Abandonada por sus compañeros en un país extranjero, la chica busca a su madre, que le hizo creer que era empleada de una zapatería. Provoca entonces el interés y la conmiseración de Lotte, una chica alemana que la lleva a vivir a su casa, ante la extrañeza y la oposición de su madre, una mujer convencional que, según sabremos después, practicó en su juventud, antes de dejarse ganar por la conveniencia ambiental, las libertades que ahora reprocha a su hija.

Ayten decide volver a Estambul y Lotte va con ella. La activista es descubierta y detenida, y su compañera —ya para entonces ha surgido el amor entre ellas— resuelve quedarse a vivir en Turquía, para procurar la libertad de Ayten. La brigada a la que pertenece puede hacer que salga de la cárcel pero antes necesita rescatar el arma que la chica escondió. Ella pide a Lotte que localice la pistola y, no sin dificultades, Lotte lo hace. Por las calles de Estambul, sin embargo, es asaltada por una pandilla de niños delincuentes que le arrebatan el bolso en el que después descubrirán el arma. Lotte no se resigna a ser despojada de esa manera, persigue a los ladronzuelos y cuando los alcanza uno de ellos la mata con la pistola robada.

Mientras tanto, Nejat ha resuelto vivir en Estambul, en busca de Ayten. Compró una librería con obras en lengua alemana y alquila un cuarto en su departamento. En él vivió Lotte y después su madre que después de haber roto con su hija es sacudida por su muerte y decide reconstruir sus pasos. Nunca se consuma el encuentro de Nejat y Ayten, que ni siquiera sabe que su madre ha muerto ni sabrá tampoco lo que hacía en Alemania para enviarle dinero.

que la determinación de una geodésica es muy difícil para superficies complicadas. Pero podemos plantear un rompecabezas que nos muestre cuán engañoso puede ser este problema, aun tratándose del caso más sencillo: la superficie plana.

En un cuarto de 30 pies de longitud, 12 de ancho y 12 de alto, hay una araña en el centro de una de las paredes menores, a un pie del techo, y también hay una mosca en el medio de la pared opuesta, a un pie del piso. La araña tiene intenciones fáciles de imaginar con respecto a la mosca. ¿Cuál es la ruta más corta posible para que, caminando por paredes, piso o techo, la araña alcance a su presa? Si se pone en marcha en línea recta descendiendo por la pared, luego en línea recta a lo largo del piso y ascendiendo luego, también en línea recta, por la otra pared, o bien siguiendo una ruta análoga pasando por el techo, la distancia a recorrer es de 42 pies. ¡Sin duda es imposible imaginar un recorrido menor! Sin embargo, recortando una hoja de papel, que al ser doblada convenientemente forme un modelo del cuarto (véase la figura 68), y uniéndola con una línea recta los puntos que representan a la araña y a la mosca, se obtiene una geodésica. La longitud de esta geodésica es sólo de 40 pies, en otras palabras, dos pies más corta que la ruta "evidente" al seguir líneas rectas.

Hay varias maneras de recortar la hoja de papel y, de acuerdo con ellas, hay varias rutas posibles, pero la de 40 pies es la más corta y, lo que es más extraordinario, como puede verse en el corte *d* de la figura 68, este recorrido obliga a la araña a pasar por cinco de las seis caras que forman el cuarto.

Este problema revela gráficamente el punto en el que hemos venido insistiendo: que nuestras nociones intuitivas acerca del espacio nos conducen, casi invariablemente, por el mal camino.

PARENTESCOS

Ernest Legouvé, un bien conocido dramaturgo francés, relata en sus memorias que, mientras se bañaba en la playa de Plombières, propuso a los otros bañistas el siguiente problema:¹⁸ "¿Es posible que dos hombres, sin parentesco alguno entre sí, tengan la misma hermana?" "No, eso es imposible", dijo de inmediato un notario. Un abogado que no se apresuró tanto en dar su respuesta decidió, después de cierta deliberación, que el notario tenía razón. A partir de entonces, rápidamente los demás convinieron en que eso era imposible. "Pero en realidad es posible", hizo notar Legouvé, "y mencionaré a dichos hombres. Uno de ellos es Eugène Sue y el otro soy yo." En medio de exclamaciones de asombro y peticiones de que se explicara, llamó al bañero para pedirle la pizarra en la que éste solía anotar el nombre de los bañistas, y escribió:

18. Ahrens, *op. cit.*, vol. 2.